

DESDE ESPAÑA

POR FEDERICO ÁLVAREZ

CARTA DE MADRID

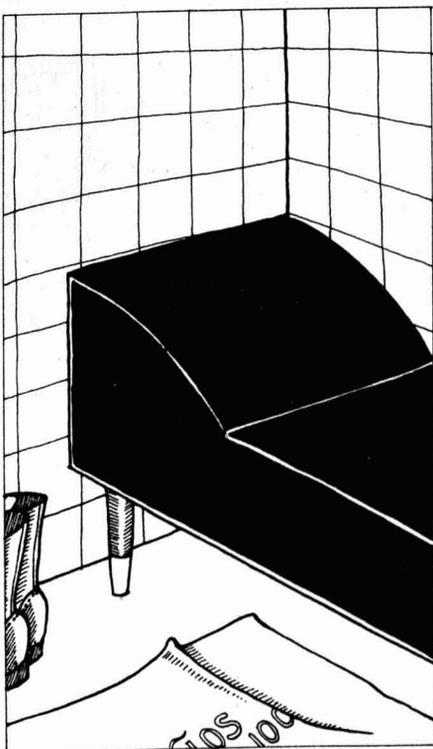
Joaquín López Cobos, zamorano de cuarenta años, licenciado en filosofía y actualmente director de la Orquesta de la Opera de Berlín, acaba de hacer en Madrid declaraciones muy pesimistas sobre la música en España. "En el fondo me considero un exiliado cultural... Nacer director de orquesta en España es como nacer torero en Finlandia". Sus declaraciones sobre la situación de la música contemporánea, en general, no son mucho mejores: "La técnica ha mejorado mucho —dice—. Quizá sea este el legado que podamos ofrecer a la posteridad, pero es desde luego bastante secundario comparado con el que nos dejó el siglo XIX (...) Se me presentan partituras que no entiendo, lo primero que me exigen es conocer los signos (...) Se han agotado todas las posibilidades que ofrecían las doce notas que hemos heredado... Normalmente interpretamos música de museo".

Este agotamiento de las posibilidades musicales heredadas —fenómeno, por otra parte, muy conocido— me impresionó particularmente porque hace muy pocos días Luis Gordillo había hecho declaraciones parecidas a propósito de la pintura. Gordillo es un pintor excelente; dibujante, tal vez, por encima de todo; dueño de un trazo preciso que se desdibuja en un desordenado amontonamiento de origen surrealista. "Uno tiene la sensación de que la pintura, en un momento determinado, se terminó. Antes, los 'ismos' eran una especie de positivismo, reflejan un sentido progresista de la historia del arte... Ya no existe la sen-

sación de que se avanza. Se está creando como un pantano; una creación, digamos, parálitica... Lo que se hace ahora es como una pintura de ultratumba, como si estuviéramos pasando el negativo de la misma película. Hemos entrado en una época rara, muy crítica, y va a durar los próximos veinte o treinta años".

Y también en el suplemento sabatino del *El País*, mi admirado Eusebio Sempere da hoy una nueva vuelta de tuerca al desencanto: "Yo de la pintura moderna no me fio ni un pelo. A largo plazo no sé qué va a quedar de todo esto". De la pintura norteamericana, en particular, "quedarán, para testimoniar, unas cuantas obras. Todo lo demás irá a la basura... Dentro de trescientos años todo eso no será más que el testimonio de una época de decadencia... La pintura moderna, salvo rarísimas excepciones, es un cuento como una catedral... Yo pinto para aislarme de este puñetero mundo".

Y así, hasta mil. Si en lugar de ser éste artículo epistolar fuera el arranque de una tesis académica podría enhebrar aquí un rosario de declaraciones parecidas de escritores, dramaturgos, escultores, cineastas... Con excepción de los poetas —la poesía siempre parece gozar de buena salud—, todos hablan melancólicos y taciturnos. Es una vaga y archisubjetiva toma de conciencia de que las cosas andan mal en el campo de la literatura y del arte. Se siente este estacionamiento de que habla Gordillo, esa desazón exasperante de braecar entre dudas, esforzándose sin entusiasmo en las técnicas más exquisitas, pretendiendo salvarse por lo menos a través de la pericia. Con-



ceptos ya ajados vuelven a resultar, asideros ardientes: "brut peinture", "escritura estricta", "música fría"... Ante las innumerables tendencias que repentinamente se universalizan y con la misma velocidad entran en crisis, uno no sabe si confirmar o negar aquella ingenua parodia bíblica según la cual los caminos del arte serían como los de Dios, infinitos... A la postre parecen ser tendencias que no tienden hacia parte alguna, corrientes que no corren o que desembocan en algún pantano en el que vegetan incomodamente, cada cual en un rincón, en pleito morboso con la materia inerte del arte.

Esa disposición interiorizante, recelosa, decepcionada, que sólo da pie a un arte inquisitivo siempre preguntándose sobre su propio sentido, se ha indentificado muchas veces con las boqueadas de una época o con el acabamiento de un siglo: actitud crepuscular, finisecular, la bautizaron nuestros homólogos más inteligentes del siglo pasado. Y es que en efecto muchas cosas se dispersan y se acaban con el siglo. ¡Con el milenio! Se multiplican las voces admonitorias que hacen coro tardío a la casi olvidada advertencia de Schweitzer: "Nos encontramos en un proceso de autodestrucción cultural". Schwitzer pedía una coherencia ética en el arte, una utopía compartible y Marcuse, optimista hasta el fin, ponía igualmente en ella no pocas esperanzas. Pero ya es evidente que el largo eclipse de los valores éticos en el arte durará todavía mucho tiempo, y que la coherencia contextual apenas vive en el interior de cada obra. Cobran actualidad algunas palabras ya centenarias de Nietzsche (y finiseculares con las que Lukacs estaba insólitamente de acuerdo: "La vida ya no mora en el todo. La palabra se hace soberana y se desprende de la frase; ésta se extiende y oscurece el sentido de la página cobra vida a expensas de todo: el todo ya no es tal. Y este es el símil para todo estilo de la *décadence*: cada vez más anarquía de los átomos, disgregación de la voluntad... Parálisis, fatiga, anquilosamiento por doquier, o enemistad y caos. El conjunto ya no vive en absoluto: está ensamblado y es calculado y artificioso: un artefacto").

De que el arte es —y debe ser— tautológicamente un artefacto no hay duda. Lo terrible es que ha acabado por ser tan solo un artefacto. La ansiada autonomía del arte con respecto al mundo se ha convertido en independencia orgullosa. Sánchez Dragó (*Gágoris* y *Habidis*) que, cuando más necesitados estábamos de un desvelamiento de la historia de España se ha dedicado con meticulosidad erudita a enmascararnosla aún

más, lo ha dicho tomado como bandera un frase de Borges: "El arte no tiene nada que ver con lo que pasa en el mundo, es un capricho, un arabesco, algo perfectamente gratuito". Podía haber acudido igualmente a Raymond Queneau (*Exercices du Style*): "La técnica es la única realidad de que disponemos". El mundo se ha volatilizado, e Isaac Montero ironiza: "No es casual que quienes se ocupan hoy de los escritores con verdadera fruición sean los lingüistas". ¿Cuántas veces no se ha dicho que el verdadero protagonista de la nueva narrativa es y debe ser la palabra, esa palabra que Nietzsche ya vió cómo se hacía soberana y, desprendida de los contextos, vivía a expensas del todo?

Ahora vemos que el péndulo había llegado a su altura máxima tal vez a mediados de siglo: el 68 fue acaso su punto álgido: la cresta de la ola si recurrimos a su expresión gráfica. Vivimos ahora su descenso. Ortega volvería con gusto a la tradición hindú que en *España invertebrada* le sirvió para explicar aristocráticamente la recurrencia cíclica de las crisis. Acababa una época *kitra* señoreada venturosamente por Vishnú, y empezaba una época *kali* en la que su rostro tomaba la forma terrible de Siva. Porque la decadencia de las sociedades era la decadencia de sus aristocracias.

¿No sería preciso y exacto decir que, vueltos a esa historia que quita el sueño a tantos, todo el fenómeno se enmarca en la gran crisis civilizatoria (es una formulación acuñada por el profesor Jacobo Muñoz, de la Universidad Complutense de Madrid) provocada por la crisis general del capitalismo?

El *Equipo Crónica* —compuesto por dos excelentes artistas gráficos, M. Valdéz y R. Solles, que se apropian de cuantas imágenes consideran eficaz y radicalmente significativas, para manipularlas en sorprendentes collages cartelísticos— dicen en *Nuestra Bandera* con tono impasible: "El desencanto no es más que una reacción del mismo signo que el equivoco entusiasmo anterior". La alternativa "es la lucidez y la constancia", porque "los cambios profundos tienen los plazos largos y no se deben confundir los propios deseos con los hechos reales".

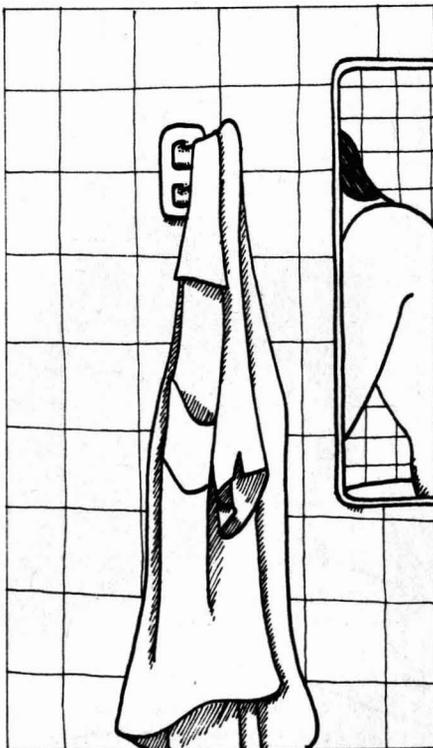
Lucidez, en efecto; pero no demasiado optimismo. Y cuando la lucidez no se acompaña del optimismo es que irremediablemente estamos inmersos en la crisis para mucho tiempo.

Crítica al sesgo

POR
JOSÉ MIGUEL OVIEDO

LA PLUMA DE NARANJO Y EL OJO DE MAN RAY

No sé si tiene mucho sentido, especialmente si lo hace alguien que no es un crítico de artes visuales, comentar libros que no son para leer, sino para ver. Admito que hay algo de prejuicio en ese escrúpulo, porque no otra cosa hace la crítica de arte o cinematográfica cuando habla de cuadros o filmes que no siempre ha visto el que la lee. Es cierto que muchos lectores disfrutaban reseñas de libros literarios que jamás leerán, pero entre ambos casos hay una diferencia esencial: el lenguaje del libro y el lenguaje de la crítica son del mismo orden, y no hay que trasladar una experiencia visual a la lengua escrita haciendo del lector un espectador por delegación: la crítica de arte es siempre una traducción (y hasta una interposición) porque para dar a ver, sólo puede dar a leer. He pensado



esto después de recorrer las páginas de *Elogio de la cordura* (México: Era, 1979), recopilación de los dibujos políticos de Rogelio Naranjo, y las 105 *Photographs by Man Ray* (New York: Dover, 1979), álbum de obras del artista americano recientemente desaparecido. No podría haber dos conjuntos más disímiles, desde los medios usados hasta los propósitos de sus creadores, pasando por sus contextos culturales. Sin embargo, me han hecho experimentar la misma sensación de tocar los límites de sus respectivos artes, la caricatura y la fotografía. Difícil decir más con una pluma y con una cámara (y a veces sin ella, como después veremos).

Conocía de antes las caricaturas de Naranjo. Recuerdo *Alarmas y distracciones* (México, 1973), ese álbum con dibujos de escritores y artistas contemporáneos, donde, convincentemente, Neruda era un robusto pez y Augusto Monterroso un osito de felpa. Y recuerdo también sus ácidas alegorías de la sociedad moderna, que tenían esa perfección helada de los dibujos de Folon. *Elogio de la cordura* demuestra que Naranjo es un gran artista en un arte considerado menor, pese a Daumier, Doré, Simplicissimus o Levine. El subtítulo del libro es muy importante: reza "Para un retrato de la clase gobernante". Retrato, no caricatura, entiéndase bien, porque para este crítico de la política mexicana lo que parece caricatura es en realidad fiel retrato, rostro auténtico velado por la máscara pública y el incienso cortesano. Tiene razón Carlos Monsiváis cuando escribe en su prólogo que el poder es "el reino de la abstracción". El poder tiene mil caras, pero ninguna es su rostro. El estado moderno es como Dios: impersonal, impredecible, incontestable. La agudeza intelectual y visual de Naranjo le otorga a esa entidad desconocida un conjunto de rasgos definitorios, precisos. Tarea crítica e higienizadora: la pluma de Naranjo condena, ridiculiza y señala las lacras nacionales, descubriendo el rostro del México político en medio de las comparsas que oficiaban la triple lúgubre ceremonia de la Revolución, el Señor Presidente y el cacique sindical.

Hay algo secreto y huidizo en la política mexicana que siempre incomoda a quienes no somos mexicanos: algo incomprensible y oblicuo que excede a los nombres ocasionales que la van haciendo. Política difícil de entender porque se pretende sólida como una roca y ha hecho de ese mito un dogma: las fisuras son abominaciones que es mejor no mencionar. Política con un aire macabro y barroco, precisamente como los muñecos de este artista: rostros